



Reflexiones de un enfermo en torno al dolor y la enfermedad

José Luis Martín Descalzo

No hace muchos años publicaba Laín Entralgo un pequeño librito con un magnífico título: "Mysterium Doloris", "El misterio del Dolor" y con sólo esas dos palabras centraba ya el tema que hoy nos reúne aquí: El dolor es un misterio y hay que acercarse a él como uno se acerca a la zarza ardiente: con los pies descalzos, con respeto y pudor. Nada realmente más grave que acercarse al dolor con sentimentalismos y no digamos con frivolidad. No vamos a resolver un problema, a hacer un juego literario, no tratamos de elaborar unas bonitas teorías que creen aclarar lo que es, por su propia naturaleza, inabarcable. Al dolor hay que acercarse como nos acercaríamos al misterio de las dos naturalezas en Cristo o a los misterios de la vida y de la muerte: de puntillas y sabiendo que, después de muchas palabras, el misterio seguirá estando ahí hasta que el mundo acabe. Tendremos que acercarnos con delicadeza, como se acerca un cirujano a una herida. Y también con realismo, sin aceptar que unas bellas consideraciones poéticas nos impidan ver su tremenda realidad.

Y la primera consideración que yo haría es de la "cantidad" de dolor que hay en el mundo. Impresiona pensar que, después de tantos siglos de historia y de ciencia, el hombre apenas ha logrado disminuir en unos pocos centímetros las montañas del dolor. Más bien habría que reconocer que en muchos aspectos la cantidad de dolor está aumentando. Hace unas décadas se preguntaba Charles Peguy:

"¿Creemos acaso que la Humanidad está sufriendo cada vez menos? ¿Creéis que el padre que ve a su hijo enfermo hoy sufre menos que otro padre del siglo XVI? ¿Creéis que los hombres se van haciendo menos viejos que hace cuatro siglos? ¿Qué la humanidad tiene ahora menos capacidad para ser desgraciada?"

Años más tarde el Padre Theillard -que era por naturaleza un gran optimista- reconocía que "el sufrimiento aumenta en cantidad y profundidad" precisamente porque el hombre va aumentando en la conciencia de sus realidades. "Ah, si viéramos -decía- la suma de sufrimientos de toda la tierra. ¡Si pudiéramos recoger, medir, pesar, numerar, analizar esa terrible grandeza! ¡Qué masa tan astronómica! Y, si toda la pena del mundo se pusiera en una balanza y en la otra toda la alegría del mundo ¿quién puede decir de qué lado de los dos se rompería el equilibrio?"

Además los medios de comunicación -al ampliar el ángulo de nuestra mirada- nos hacen comprender mucho mejor el tamaño de esa montaña del dolor. El hombre del siglo XII, del XIV, conocía, cuando más, el dolor de sus doscientos o de sus diez mil convecinos. Pero no tenía ni idea de lo que, a esa misma hora, se sufría en la nación vecina y no digamos en otros

continentes. Hoy, afortunada o desgraciadamente, nos han abierto y estirado los ojos y sabemos casi con exactitud el número de muertos, asesinados o destrozados que hubo ayer. Sabemos que 40 millones de personas mueren de hambre al año o que muchas decenas de millares de niños murieron de desnutrición o enfermedades durante los pocos días que duró la reciente reunión de los grandes de este mundo para hablar de los derechos del niño.

Y es cierto, también que hoy se lucha más y mejor que nunca contra el dolor y la enfermedad: son cientos de miles los médicos y enfermeras, se han multiplicado infinitamente los hospitales y sanatorios, los científicos descubren cada día nuevos remedios, nuevas medicinas para devolver la salud... Pero no parecen que la gran montaña del dolor disminuya. Incluso, cuando hemos derrotado una enfermedad, aparecen otras nuevas que ni sospechábamos (¿cómo olvidar el Sida?) que viene a tomar el puesto de las derrotadas.

Sé que es amargo y doloroso decir todo esto. Pero sé también que no debemos cegarnos a nosotros mismos y que es preferible partir -y partir humildemente- de una terrible constatación: en lo que respecta al dolor, a la enfermedad y a la muerte podemos ganar muchas batallas, pero la guerra la tenemos perdida.

Ya sé que ni a vosotros ni a nadie le gusta esta afirmación y menos en nuestro siglo vitalista para el que los grandes tabúes son la enfermedad y la muerte. Hubo siglos en los que el tabú eran los temas sexuales: no era correcto hablar de ellos y menos en público. Hoy ese tema se ha hecho pan de cada día -basta abrir la televisión- y lo que la gente prefiere no ver es el dolor o pensar en la muerte. Es impúdico hablar de ellos. Y, aunque la realidad se obstina en metérnoslos por los ojos, todos preferimos pensar "que no es para tanto", que es "un problema de otros", como si sólo nuestros vecinos, "los demás" fueran aspirantes a muertos o enfermos.

En la España de hoy y a esta misma hora hay tres millones de españoles enfermos, en sus casas o en sus hospitales. Y unos diez millones de compatriotas nuestros pasan cada año por dolencias más o menos graves. Pero el resto de sus compatriotas (y de sus familiares) prefieren vivir como si estos enfermos no existieran. Se dedican a vivir sus vidas y piensan que ya se plantearán el problema del dolor el día que "les toque" a ellos. Es realmente difícil encontrarse con un grupo -como el de ustedes- que se atreva a reflexionar sobre el dolor, a luchar contra él, a ayudar a quienes lo padecen.

Permítanme por ello que yo empiece felicitándoles: lo que ustedes hacen es una gloria de la humanidad, una bendición del cielo. Tengan ustedes el coraje de mantener siempre bien alta esta vocación de "combatientes contra el dolor", el combate más digno de un ser humano, una tarea que puede no ser agradecida o comprendida, que puede que tenga menos frutos visibles de los que todos deseáramos, pero que es, sin duda, necesaria y ennobecedora hasta el extremo.

1. MISTERIO

Hecha esta primera puntualización sobre la realidad y la extensión del dolor, entremos en eso que hemos llamado su "*misterio*". Y será bueno empezar por reconocer que sabemos muy poco de la naturaleza del dolor y menos aún de su porqué. Podemos, es cierto, dar algunas respuestas teóricas o intentar resolverlo con respuestas piadosas: sufrimos porque el hombre es un ser finito, o sufrimos porque Dios lo quiere. Pero estas respuestas aclaran muy poco, porque entonces vienen otras preguntas: ¿Y por qué hizo Dios finito al hombre? ¿Por qué, si Dios es bueno, acepta que un muchacho se mate en un coche la víspera de su boda, dejando destruidos a todos los suyos? Y no digamos nada cuando surge esa pregunta vertiginosa: ¿Por qué sufren los niños inocentes?

Creo que nosotros, cristianos, debemos ser tremendamente prudentes al intentar responder a estas preguntas que, de hecho, hoy están destrozando el alma de casi media humanidad. ¿Quién puede ignorar que un altísimo porcentaje de crisis de fe se produce, precisamente, al encontrarse con el topetazo del dolor o de la muerte? ¿Cuántos millares de personas -sinceras, honestas- se vuelven hoy a Dios para gritarle por qué ha tolerado el dolor o la muerte de un ser querido, si El es, como siempre les han predicado, un Padre bueno y cariñoso.

Dar explicaciones a medias es casi siempre contraproducente y sería preferible que, ante estos porqués, los cristianos empezásemos por confesar sencilla y humildemente lo que decía Juan Pablo II en su encíclica sobre el dolor: *Confesar que "el sentido del sufrimiento es un misterio, somos conscientes, de la insuficiencia e inadecuación de nuestras explicaciones"*. Hay sí algunas respuestas que pueden aclarar unos céntimos del problema y que debemos usarlas puesto que eso es lo único que tenemos los humanos, pero sabiendo siempre que al final nunca explicaremos el dolor de los inocentes o por qué triunfan tantas veces en el mundo los malos.

Y una de esas respuestas parciales podía ser la que afirma que dedicarse a combatir el dolor es más importante y urgente que dedicarse a hacer teorías y responder porqués sobre él.

En las vidas de Buda se cuenta la historia de un hombre que fue herido por una flecha envenenada y, cuando acudieron a curarle, exigió que, antes, le respondieran a tres preguntas: *quién le disparó, qué clase de flecha era y qué tipo de veneno le había puesto en su punta*. Por supuesto que el hombre se murió antes de que nadie pudiera responder a sus preguntas. Por eso comenta Buda que *"si insistimos en entender el dolor antes de aceptar su terapia, entonces las infinitas enfermedades que padecemos acabarán con nosotros antes de que nuestras mentes se sientan satisfechas"*.

Seguramente pensarán ustedes que esas tres preguntas del cuento de Buda son una pura fábula. A nadie se le ocurre esa triple teoría. Y sin embargo es cierto que el hombre ha gastado más tiempo en preguntarse por qué sufrimos que en combatir el sufrimiento.. Por eso ¡benditos sean los médicos, las enfermeras, cuantos se dedican a curar cuerpos o almas, cuantos luchan por disminuir esa montaña de dolor que hay en nuestro mundo!

Una segunda respuesta parcial es la que nos ayuda a ver a nosotros y a enseñar a ver a los demás que el dolor es una herencia de todos los humanos, sin excepción. Uno de los grandes peligros del sufrimiento es que empieza convenciéndonos de que nosotros somos los únicos que sufrimos en el mundo o, en todo caso, los que más sufrimos. Una de las caras más negras del dolor es que tiende a convertirnos en egoístas, que nos incita a mirar sólo hacia nosotros. Un simple dolor de muelas nos empuja a creernos la víctima número uno del mundo. Si en un telediario nos muestran miles de muertos pensamos en ellos durante dos minutos; pero si nos duele el dedo meñique gastamos las veinticuatro horas del día en autocompadecernos. Salir de uno mismo es muy difícil; salir de nuestro propio dolor es casi un milagro. Y tendríamos que empezar por ese descubrimiento del dolor de los demás para medir y situar el nuestro.

Permitidme citaros por segunda y última vez a Buda. En su vida se cuenta la historia de una madre que acudió a él llevándole un niño muerto para que se lo curase. Y, oyendo sus gritos, los discípulos de Buda pensaban que esta mujer estaba loca pidiendo lo imposible; y se reían de ella. Pero Buda pensó que, si no podía resucitar al niño, podía al menos mitigar el dolor de aquella madre ayudándola a entender. Por eso le contestó que, para curar a su hijo, necesitaba unas semillas de mostaza, pero unas semillas muy especiales, unas semillas que se hubieran recogido en una casa en la que en los tres últimos años no se hubiese sufrido algún gran dolor o padecido la muerte de un familiar. La mujer, al ver alimentada así su esperanza, se precipitó a la ciudad buscando esas milagrosas semillas. Y comenzó a llamar a puertas y ventanas. Y en una había muerto un padre o un hermano: en otras alguien se había vuelto loco; en las de más allá había un viejo paralítico o un muchacho enfermo. Con lo que cayó la noche y la pobre mujer volvió a Buda con las manos vacías... y con el corazón en paz: porque había descubierto que el dolor era algo que compartía con todos los humanos.

Naturalmente esta respuesta no es el refrán: "Mal de muchos, consuelo de tontos". Es la humilde aceptación de que el hombre, todo hombre, es un ser incompleto y mutilado. Es el descubrimiento de que se puede ser feliz "a pesar" del dolor, pero es imposible vivir toda una vida sin él.

2. COMO HOMBRE

Si me preguntáis cuál ha sido para mí, como enfermo, el mayor descubrimiento, el que más me ha tranquilizado como hombre (luego hablaré de lo que me ha tranquilizado como

cristiano) ha sido precisamente este sano realismo.. Tratar de no mitificar mi enfermedad, no volverme contra Dios y contra la vida como si yo fuera una víctima excepcional. Al contrario: desde el primer momento me planteé a mí mismo la obligación de pensar que "yo no era un enfermo", un bicho raro, sino "un señor que tiene un problema" al mismo tiempo que "todos" los humanos tienen sus problemas.

"*La humanidad no es más que una sombra sollozante*" ha escrito un poeta. Y, efectivamente, cuando vas conociendo a los hombres descubres que "todos" son mutilados de algo. Así pensé que a mí me faltaban los riñones o el estómago o me sobraba un cáncer, pero que a los demás o les faltaba un brazo, o no tenían trabajo, o tenían un amor no correspondido o un hijo muerto. Que muchos que quisieron ser actores o médicos, hoy trabajan en una mísera oficina. Que otros tienen un hijo drogadicto o hubieran querido tener una cultura que no pudieron adquirir. Todos. Todos ¿Qué derecho tenía yo, entonces, de quejarme de mis carencias como si fueran las únicas del mundo? Sentirme especialmente desgraciado me parecía ingenuo y, sobre todo, indigno.

La tercera gran respuesta que yo daría es la que enseña a ver los aspectos positivos de la enfermedad.

Y aquí quisiera, antes, prevenirles contra algo que me parece un gran error y que está muy difundido entre personas de buena voluntad. Y es la tendencia a ver en la enfermedad y el dolor algo objetivamente bueno. Creo, sinceramente, que se ha hecho, especialmente entre los cristianos, mucha retórica sobre la supuesta bondad del dolor. ¿Quién no ha oído descender de muchos púlpitos melifluas melopeas explicando que Dios envía el dolor a sus preferidos o cantando la dulzura de la enfermedad? Ya sé que esto se hace con mucha buena voluntad y mucha mala teología. Pero no creo que quienes sufren de verdad la compartan y temo que a muchos les provoque más a la rebeldía que a la clarificación.

Me parece a mí que, al hacer esas afirmaciones, se confunden tres cosas: lo que es el dolor en sí; lo que se puede sacar del dolor; y aquello en lo que el dolor puede acabar convirtiéndose con la Gracia de Dios. Lo primero es y seguirá siendo horrible. Lo segundo y lo tercero pueden llegar a ser maravillosos.

Por eso me encanta el planteamiento de Theilhard de Chardín que llama abiertamente al dolor "*oscuro y repugnante*", pero que, inmediatamente habla de un "*dolor transformable*" que puede convertirse en *una palanca* para levantar al hombre y al mundo.

Cristo mismo lo dejó bien claro en su vida: nunca entonó cánticos al dolor, jamás ofreció florilegios sobre la angustia, no "fue" hacia el dolor como hacia un paraíso. Al contrario: se dedicó a combatir el dolor en los demás, y, en sí mismo, lo asumió con miedo, entró en él temblando, pidió, mendigó al Padre que le alejara de él y solo lo asumió porque era necesario, porque era la voluntad de su Padre. Y entonces fue cuando acabó convirtiendo el dolor en redención.

Por eso es mejor no echarle almíbar piadoso al dolor. Pero decir enseguida y sin ningún rodeo que en la mano del hombre está el conseguir que ese dolor sea ruina o parto. Que el hombre no puede impedir su dolor, pero sí puede conseguir que no le aniquile, e incluso lograr que ese dolor le levante en vilo.

En este sentido yo estaría plenamente de acuerdo con aquellos que estiman que, en lo humano y mucho más en lo sobrenatural, el dolor puede llegar a ser uno de los grandes motores del hombre. Un buen número de pensadores lo ha repetido. Permitidme recordar a Alfredo de Musset que aseguraba que "*nada nos hace tan grandes como un gran dolor*". O a Fenelón que escribe que "*el que no ha sufrido no sabe nada*". O al músico Schubert que piensa que "*el dolor agudiza la inteligencia y fortifica el alma*". O al Padre Rivadeneira para quien "*el dolor es la trilla que aparta la paja del grano la lima áspera que quita el orín y limpia el hierro; el crisol que afina y purifica el oro; la librea de los hijos de Dios*". O como resumía en un verso bellísimo Luis Rosales cuando afirmaba que "*los hombres que no conocen el dolor son como iglesias sin bendecir*".

Si he de ser sincero yo nunca me imaginé a Dios "mandando" con gusto dolores a sus hijos sólo por chincharles e incluso por probarles. El dolor es más bien parte de nuestra condición humana, de nuestra naturaleza de criaturas; deuda de nuestra raza de seres atados al tiempo

y a la fugitividad. Por eso no hay hombre sin dolor. Y no es sólo ni centralmente que Dios "tolere" los dolores, es simplemente, que Dios respeta esa condición temporal del hombre, lo mismo que respeta que un círculo no pueda ser cuadrado. Sólo en el cielo, gracias a lo sobrenatural no habrá dolores, como no los hubo, gracias también al mismo sobrenatural, en el paraíso de Adán y Eva, pero, perdida por el pecado esta gracia y dejado el hombre a su naturaleza, el dolor pasaba a ser algo simplemente normal en el hombre.

Lo que Dios sí nos da es la posibilidad de que ese dolor sea fructífero. Empezó haciéndolo fructífero él mismo en la Cruz y así creó esa misteriosa fraternidad de dolor de la que nosotros podemos participar.

El hombre tiene pues en sus manos ese don terrible, esa opción desgarradora, de conseguir que su propio dolor y el de sus prójimos se convierta en vinagre o en vino generosos. Y tenemos que reconocer, con tristeza, que desgraciadamente, son muchos más los seres destruidos o disminuidos por el dolor y pulverizados por la amargura, que aquellos otros que saben convertirlo en fuerza y alegría.

3. SENTIDO

Con lo que el verdadero problema del dolor no es su naturaleza sino su "sentido". Y más importante que aclarar cuánto se sufre, es saber cómo se sufre. Ahí es donde realmente se trata de un ser humano. Como decía Amiel: *"la manera de sufrir es el más grande testimonio que un alma da de sí misma"*. Así ocurre que hay supuestos "grandes" de este mundo que se hunden en la primera tormenta, mientras que "pequeñas" personas son maravillosas cuando llega la angustia. Un hospital es siempre una especie de juicio final anticipado.

Y si ahora permitís que vuelva a mi experiencia personal os diré que yo he comprobado muy bien aquella frase un tanto misteriosa de León Bloy que aseguraba que en el corazón del hombre hay muchas cavidades que desconocemos hasta que viene el dolor a descubrírnoslas.

En este sentido puedo afirmar, con sincera sencillez, que el dolor es, probablemente lo mejor que me ha dado la vida y que, siendo en sí una experiencia peligrosa se ha convertido de hecho en mí más en un acicate que en un freno. Principalmente por gracia de Dios y secundariamente por influjo de mi familia, creo que puedo presumir de ser un hombre positivo, alguien que valora más las caras luminosas de la existencia que las negativas; que tiende, casi por instinto, a buscar lo que hay de bien incluso en medio del mal.

Desde estas premisas llegué a una primera conclusión: *Me interesa más una vida llena que una vida larga*. El valor de una vida no se mide por los años que dura ni por las facilidades o dificultades que encuentra, sino por los frutos que produce. De ahí, ante la enfermedad, traté de reaccionar a mi estilo, es decir: pensando: pase lo que pase, suceda lo que suceda, a lo que tú no tienes derecho es a desperdiciar tu vida, a rebajarla, a creer que, porque estás enfermo, tienes ya disculpa para no cumplir tu deber o para amargar a los que te rodean. Más bien has de reaccionar al contrario: debes considerar la enfermedad como un "hándicap", como un "reto" como una nueva forma u ocasión para testimoniar tu fe y realizar tu vida. Has de buscar, en consecuencia, todos los modos y maneras para sacar todo lo positivo que haya en la enfermedad y así rentabilizar más tu vida.

Esto, lo confieso, no siempre lo he cumplido. Lo verdaderamente grave de la enfermedad es cuando ésta se ve multiplicada por el tiempo, es decir, cuando se alarga y se alarga. Un dolor corto, por intenso que sea, no es difícil de llevar. Lo verdaderamente difícil es cuando ese camino de la cruz dura años, años, y peor aún si se vive con poca o ninguna esperanza de curación en lo humano. Cuando los años pasan y la enfermedad sigue, hasta la más fuertes convicciones se tambalean a veces y supongo que sólo los santos consiguen mantener siempre levantada su bandera de gozo. Los más de los mortales vamos simplemente adelante llevando bien las horas buenas y hundiéndonos un poco en las más oscuras. Por fortuna tampoco Dios nos quiere siempre héroes.

Pero, dejadas de lado estas horas negras, yo encontré en mi enfermedad muchas cosas positivas.

Empezaré a enumerarlas citando un mejor y más íntimo conocimiento de Dios. Creo haber dicho que, por fortuna y sobre todo por gracia, viví siempre en la fe y en un amor a Dios, que era algo "normal" en mi vida. Dios era realmente mi Padre, Jesús mi amigo y compañero. Pues bien: en la enfermedad he sentido más cercana esta paternidad y ese compañerismo. Sólo la gracia de Dios ha podido mantenerme alegre en estos últimos años. Y confieso haberla experimentado casi como una mano que me acariciase. Dios no me ha fallado en momento alguno.. Sé que no es nada agradable estar en el Huerto de los Olivos, pero tampoco a mí me han faltado "ángeles que me consolasen" como al Señor. Ángeles que a veces se expresaban simplemente a través de la paz interior y que en otras ocasiones - muchas- se vestían de la gente que en estos años me ha querido y ayudado tanto. Mis hermanos, mis amigos, tanta gente misteriosa y desconocida ha ido sosteniéndome y yo llamaría milagro al hecho de que en casi todas las horas oscuras siempre llegaba una carta, una llamada telefónica, un encuentro casual en una calle, que me ayudaba a recuperar la calma. Tengo que confesar con gozo que nunca me sentí tan querido como en estos años. Y subrayo esto porque sé muy bien que muchos otros enfermos no han tenido ni tienen en esto la suerte que yo tengo. La familia, una hermana a tu lado que sufra junto a ti, son regalos que a mí me ha dado la Providencia, pero que -¡ay!- no todos los enfermos encuentran.

De ahí que me vea obligado a detenerme para subrayar que la verdadera enfermedad del mundo es la falta de amor, el egoísmo. ¡Tantos enfermos amargados porque no encontraron una mano comprensiva y amiga! ¡Que fácil, en cambio, seguir cuando te sientes amado y ayudado!

Dejadme que os subraye esto a vosotros que os dedicáis de corazón a los enfermos: Nunca en vuestras vidas haréis algo mejor que quererles, sostenerles, sonreírles. Hay en el mundo un déficit tremendo de compasión, dicho sea en el mejor sentido de esta palabra, que nada tiene que ver con el sentimentalismo barato y mucho con el "padecer con", el ponerse realmente en el lugar del enfermo.

Permitidme que acuda aquí a un recuerdo personal. Yo tuve la fortuna (o mejor, la gracia) de la larga vida de mi padre. Pues bien: en sus últimos años (y llegó a los 93) yo vivía en otra ciudad distinta a la de mi familia y solía ir a ver a mi padre algunos domingos, cuando podía. Pero confieso que con demasiada frecuencia se imponía mi egoísmo: siempre encontraba alguna razón para no ponerme en viaje, siempre había demasiado trabajo atrasado y pensaba que necesitaba ese fin de semana para ponerme al día. E hice esto bastantes domingos, aún sabiendo que, para mi padre, los verdaderos domingos eran aquellos en los que me tenía a su lado. Aquellos eran "los domingos del alma" más que los del calendario. Pero esto sólo lo entendí cuando mi padre me faltó. Y de nada me he arrepentido tanto como de aquellos domingos "robados" a mi padre, que, afortunadamente tiene ahora domingo todos los días en el cielo.

Pero yo le fallé tontamente, tontamente. Y es terrible que tenga que ser la muerte de los seres queridos la que nos descubra esto: porque hay que quererse deprisa, precisamente porque tenemos poco tiempo, porque la vida es corta ¡Ojalá vosotros, amigos míos, no tengáis nunca que arrepentiros del amor que no habéis dado y que perdisteis, ojalá nunca os duela haber negado una sonrisa o un gesto de amor que es, en definitiva, lo mejor que podéis dar a los enfermos y lo que ellos más necesitan!.

Os decía que, como valor positivo, yo descubrí mejor el amor de Dios y de la gente que me rodea. También redescubrí que tenía que reordenar mi escala de valores. Un hombre se define a sí mismo por el tipo de escala de valores que maneja. Dad a un hombre una lista de valores -dinero, éxito, triunfo social, amor humano, fe, trabajo, amistad- y pedidle después que ponga en orden estas palabras según el aprecio que tiene de ellas y según el tiempo y esfuerzo que a cada uno dedica, y sabréis muy bien qué tipo de hombre tenéis delante. De ahí que un ser humano debe pasarse la vida revisando, reordenando esa escala de sus valores, porque tal vez creemos que tenemos el amor o la fe en primera fila y un día nos encontramos que el afán por el trabajo o la obsesión por el confort o el dinero han ido escalando posiciones y están ya en el verdadero centro de nuestro corazón. ¡Y cuánto nos engañamos en esto los hombres! ¡Con cuánta ingenuidad creemos a veces que es la fe lo que nos mueve, cuando realmente es la rutina o el afán de aparecer lo que nos está moviendo!

La enfermedad es en esto una gran bendición: cuando ella te sacude ya no puedes seguirte engañando a ti mismo, ves con claridad quién eras, quién eres.

Yo descubrí a su luz que en mi escala de valores "real" había un gran barullo y que mi escala en la realidad no siempre coincidía con la que yo tenía en mis propósitos y deseos. ¡Cuántas veces el trabajo se montó por encima de la amistad! ¡Cuántos más espacios de mi tiempo dediqué al éxito profesional que a ver y charlar pausadamente con los míos! La enfermedad tuvo para mí ese valor: redescubrir el valor de la amistad, podarme el escaso valor de las prisas, ayudarme a entender que vale más una cosa bien hecha que tres hechas a medias, descubrirme el valor de los humildes, alejarme de mucha de esa vida "mundana" en la que tan tontamente gastamos no pocas de nuestras horas.

Aprendí también a "aceptarme" a mí mismo, a saber que en no pocas cosas fracasaría y no pasaría absolutamente nada, entender incluso que uno no tiene corazón suficiente para responder a tanto amor como los otros nos dan. Todo hombre es un mendigo y yo no lo sabía. Yo creí que daba más de lo que recibía y la enfermedad me descubrió que era mucho más lo que otros me daban que todo lo que yo jamás podría dar.

Entre estos descubrimientos estuvo el de los médicos, las enfermeras y los otros enfermos. Yo era un hombre que hasta hace algunos años apenas había tenido contactos con el mundo vivo de los hospitales y tenía de sus habitantes ese barato concepto por el que, con tanta frecuencia acostumbamos a medir a los seres más por sus defectos que por sus virtudes. ¡Es tan fácil medir a un médico por sus errores! ¡Es tan sencillo y frecuente valorar a una enfermera por sus horas de cansancio! ¡Es tan habitual medir a los enfermos más por sus quejidos, por lo que tienen de molesto, que por su corazón!

La enfermedad, al vivir horas y horas en los hospitales, me descubrió que engañado estaba. Y no seré yo quien, ingenuamente, canonicé, sin más, todo ese mundo hospitalario que, sobre todo en sus aspectos organizativos, deja con demasiada frecuencia tanto que desear. Ni quien ignore que, por sus pasillos, discurren no pocas personas sin vocación y sin la entrega que su tarea requeriría. Pero permítaseme que tampoco sea de esos derrotistas que jamás encuentran esos médicos, esas enfermeras que son ejemplo de vocación, de sacrificio, de auténtico amor. Y lo mismo he de decir de un muy alto porcentaje de enfermos. Tal vez yo haya sido un hombre especialmente afortunado, pero la verdad es que siempre encontré en mis compañeros enfermos grandes lecciones de coraje, de auténtica alegría, que me ayudaron no poco a recobrar yo mismo esas posturas de valor y de esperanza.

Debo añadir ahora, antes de concluir, algunas palabras específicamente como cristiano. Y es que yo no habría sabido estar enfermo sin el ejemplo de Jesús. La fortuna de conocer su camino ha sido, sin duda lo más iluminador en mi enfermedad. Gracias a él, la enfermedad ha iluminado mi fe, al mismo tiempo que la fe, iluminaba mi enfermedad.

La enfermedad iluminaba mi fe porque la hacía, tal vez por primera vez, verdadera ¡Que fácil es creer y predicar cuando todo va bien! El dolor me ha permitido descubrir que no creía muchas cosas que creía creer.

Y sólo el crisol de la angustia ha permitido que mi fe se multiplicase y purificase. Incluso, curiosamente, he experimentado esto en sus efectos: Ahora cuando hablo de Cristo la gente cree más en lo que digo, porque ahora sabe muy bien que lo que digo no son tonterías.

Pero si la enfermedad iluminaba mi fe, he de añadir que, mucho más la fe iluminaba mi enfermedad. Creo haber dicho ya que lo importante en la enfermedad es descubrir su "sentido". Pues bien, encontrar que desde mi enfermedad participo más viva y verdaderamente en la pasión de Jesús ha sido para mí la fuente primordial de mi esperanza y mi alegría. Quiero proclamar que esa idea de que la enfermedad es realmente "redentora" no es un tópico teológico, sino algo radicalmente verdadero. Aclararé, para no caer en un masoquismo equivocado, que lo que Dios espera de nosotros no es nuestro dolor, sino nuestro amor; pero es bien cierto que uno de los principales modos en que podemos demostrarle nuestro amor es uniéndonos apasionadamente a su cruz y a su labor redentora. ¿Qué otras cosas tenemos en definitiva, los hombres para aportar a su tarea?

Dejadme que os confiese con sencillez que yo jamás pido a Dios que me cure mi enfermedad. No lo pido porque me parece un abuso de confianza; pero sobre todo, porque temo que, si

me quitase Dios mi enfermedad, me estaría privando de una de las pocas cosas buenas que tengo: mi posibilidad de colaborar con él más íntimamente, más realmente. Le pido, sí, que me ayude a llevar la enfermedad con alegría; le pido que la haga fructificar, que no la estropee yo por mi egoísmo o mi necesidad de cariño. Pero que no me la quite. Estar, vivir en el Huerto no es ningún placer, pero sí es un regalo, un don, tal vez el único que, al final de mi vida, pueda yo poner en sus manos de Padre.

Conferencia de José Luis Martín Descalzo leída en
Congreso de las Hospitalidades Españolas Nuestra Señora de Lourdes
El Escorial, Noviembre 1990